LOS TOCAYOS

Vital Fox

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS TOCAYOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenado en el Teatro LARA el 4 de Diciembre de 1886

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. PORRAS

N.° de la procedencia

MADRID
R. Velasco, impresor, Rubio, 20

1886

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CLAUDIA.....	SRA. VALVERDE.
BLANCA.....	ROMERO.
MANUELA.....	DOMÍNGUEZ.
PACO (1).....	SR. ZAMACOIS.
DON APOLINAR.....	TAMAYO.
FRANCISCO.....	MIRALLES.
JUANITO.....	ROMEA D'ELPAS.

La escena en Madrid.—Epoca actual.

(1) NOTA. Si el actor encargado de este papel tiene buena voz, — (¡y Dios se la conserve!) — puede intercalar en el diálogo las frases musicales que se le ocurran.—El autor y el público se lo agradecerán.

ACTO ÚNICO

Comedor de una casa de huéspedes. Mesa en el centro. Una cómoda con espejo á la derecha (1) del foro. Aparador modesto á la izquierda. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

JUANITO sentado á la mesa y estudiando

JUANI. «El orden de los cuadrumanos pertenece á la subclase de los monodelfos; son ordinarios y ungüiculados; tienen la dentición completa y el dedo pulgar oponible en las extremidades abdominales, y casi siempre también en las torácicas.» (Como repitiéndolo de memoria.) .... Tienen la dentición completa... completa, y el dedo pulgar oponible en las extremidades abdominales... abdominales, y casi siempre en las torácicas. ¡Bien! ¡Esto ya me lo sé! (Vuelve á leer.) «El orden de los cuadrumanos se divide en tres familias: *símidos, hapálidos* y *lemúridos*.» (De memoria.) En tres familias: sílimos, sidi... (Lee.) «Símidos» ¡Eso! Símidos, halápidos y lerúmidos... ¡No! (Lee.) Hapálidos y lemúridos... (De memoria.) En tres familias: símidos, hapálidos y... y... lo otro... ¿Cómo se llama lo otro?... (Lee.) ¡Lemúridos!... ¡Maldita sea la Historia natural y el que la inventó! ¡No

(1) Del actor.

hay quien se aprenda de memoria todos estos nombres! ¡Esta clasificación de los monos es dificilísima!... Pero, ¡qué brutos son todos los Directores de Instrucción pública! Mire usted qué falta le hace á uno que vá á ser boticario, saber si los monos tienen la dentición completa y los dedos pulgares oponibles. Lo que es como yo fuera ministro de Fomento, no había de exigir en las carreras ninguna de estas tonterías... ¿Que un muchacho como yo desea hacerse farmacéutico? ¡Bueno! ¡Pues, con que su papá le dé dinero para abrir la botica, y luego ponga al frente un regente que sea inteligente, ya está todo corriente!

FRANC. (Dentro. Puerta segunda derecha.) ¡Doña Claudia!

JUANI. Me voy á ganar un suspenso, de seguro. Desde las cuatro de la mañana que estoy con esta asignatura y todavía no he podido salir de los monos.

FRANC. (Dentro.) ¡Doña Claudia!

JUANI. (Lee.) «El simia troylodytes es un animal caracterizado por tener la cabeza redondeada, por carecer de cola y de callosidades isquiáticas.»

ESCENA II

DICHO y FRANCISCO, puerta primera derecha, en mangas de camisa, y con el jarro del lavabo

FRANC. ¡Doña Claudia! Pero, ¿por dónde andará esa señora? Esos dichosos amores la traen á mal traer. Una patrona enamorada es ya el *sumum*.—Hola, Juanito. Muy buenos días.

JUANI. Buenos días, Francisco. (Sin dejar de estudiar.)

FRANC. ¡Cómo madrugamos á estudiar!

JUANI. No hay más remedio. Dentro de una hora me examinaré de Historia natural.

FRANC. ¡Mal negocio es ese!

JUANI. ¡Y tan malo! (Lee.) «Es un animal caracterizado por tener la cabeza redondeada ..»

FRANC. ¿Sabe usted si Doña Claudia ha salido?

JUANI. No sé nada.

FRANC. ¿Y la muchacha? ¿Ha salido también?

JUANI. ¡Tampoco lo sé! A mí no me hable usted más que de monos. Tengo la cabeza lo mismo que la jaula del Retiro... (Sigue estudiando.)

FRANC. ¡Pobre Juanito! — ¡Manuela!... ¡Manuela!... (Desde el foro.)

ESCENA III

DICHOS y MANUELA

MAN. ¡Ya voy! ¡Ya voy! No grite usted tanto.

FRANC. ¡Gracias á Dios!

MAN. ¿Qué se le ofrece á usted?

FRANC. Agua para lavarme. Si la pusieras por la noche no ocurriría esto.

MAN. Ya voy. No se apura usted poco. (Vase con el jarro y vuelve luego.)

FRANC. ¿Con que ya estamos en capilla, eh?

JUANI. ¡Sí, señor! (Sin dejar de estudiar.)

FRANC. Pues, ánimo, Juanito.

JUANI. (Como recitando de memoria.) El simia troylodytes está caracterizado...

FRANC. No tenga usted miedo. Ya verá usted cómo le dan un sobresaliente.

JUANI. ¡Sí, sobresaliente!

FRANC. ¡Ya lo creo! ¿Por qué no se lo han de dar?

JUANI. (Recitando de memoria la lección.) .... Por carecer de cola y de callosidades isquiáticas.

FRANC. ¡Eh!

JUANI. Usted dispense. ¡Estoy preocupadísimo!

MAN. Aquí tiene usted el agua. (Le dá el jarro.)

FRANC. Pues, dame acá, pánfila. Hasta luego, Juanito, y buena suerte. (Vase puerta segunda derecha.)

JUANI. Muchas gracias. (Sigue estudiando.)

MAN. ¡Pánfila! ¡Pánfila! ¡El demonio del señorito! ¡Pues no ha echao malos humos desde hace poco! No sucedía eso cuando le debía cuatro meses á la señora... ¿verdá usté?

JUANI. ¡Déjame en paz!

MAN. Pero, hijo; desde que ha empezao á recibir toos esos regalos y anda el hombre corriente de dinero, no se le puede aguantar. — Usté no es así. Usté es más amable, y está siempre de broma, y le habla á una con cara de risa, y hasta se premite decirle á una ciertas cosas; pero, es claro, usté sabe distinguir y es un señorito decente y muy arrogante cuando llega el caso, y aunque una sea una sirvienta debe tratársela á una con *dinidá*, ¿verdá usté?

JUANI. (Muy incomodado.) ¡Ya te he dicho que me dejes en paz!

MANU. ¡Ay, señorito!

JUANI. ¿No ves que estoy estudiando? ¡No seas bestia!

MANU. ¡Eso es otra cosa! ¿Ve usté? Me llama usté bestia, y no me incomodo. Es cuestión de *carácteres*. Quede usté con Dios. (Váse foro.)

JUANI. ¡Abur! En este comedor no se puede estudiar; pero como en mi cuarto no hay más luz que la que entra por un ventanillo que dá á la cocina, no tengo más remedio que venirme aquí. Las nueve y cuarto. Todavía puedo darle un buen metido á la asignatura. (Lee.)

ESCENA IV

JUANITO y DOÑA CLAUDIA, que viene de la calle con el cesto de la compra, que coloca al entrar sobre la mesa en que estudia Juanito

D.ª CLAU. ¡Jesús! ¡Jesús! y ¡Jesús! Hay cosas que la ponen á una en el disparadero. ¡Hola! Buenos días, don Juanito.

JUANI. Felices, Doña Claudia.

D.ª CLAU. ¡Así me gusta! Que sea usted madrugador y aplicado. Y no lo que ha estado usted haciendo todo el año: levantándose á las mil y quinientas y sin ocuparse de los libros para nada. (Mientras se quita el manto.) Ustedes los jóvenes no piensan más que en divertirse y en andar por esas calles de Dios detrás de las muchachas... No me diga usted que no, porque de seguro habrá tres ó cuatro

modistillas que le tendrán á usted sorbido el juicio. Por eso no me he cansado de advertírselo. Formalidad, Don Juanito, formalidad. ¡Aplíquese usted! ¡Estudie usted!

(Durante esta escena, Juanito, que nota el mal olor del contenido de la cesta, se separa de la mesa tapándose las narices con el pañuelo.)

JUANI. Eso hago, señora; pero por los clavos de Cristo...

D.ª CLAU. ¡No! Y que aquí no pueden ustedes quejarse. Esta no es una casa de huéspedes como otras muchas que hay en Madrid... Aquí se vive como en familia... No hay los líos de otras partes. A mí me gusta mucho el orden y la tranquilidad. Que cuando un huésped está dedicado á sus estudios, no se le interrumpa para nada.

JUANI. (¡Vaya! ¡Es imposible!) (Se levanta y sigue estudiando.)

D.ª CLAU. Yo no comprendo cómo hay señoras que admiten en su casa una docena de pupilos... Aquí ahora no son ustedes más que dos; pero mire usted, es lo que yo digo. Prefiero no tener más que dos huéspedes que paguen puntualmente, á tener diez ó doce que no paguen nunca. A mí no me gustan los barullos. ¡Orden, orden, ante todo el orden!

JUANI. (Preocupado.) («El orden de los cuadrumanos se divide en tres familias. .)

D.ª CLAU. Y que del otro huésped no puede usted tener queja. Un señorito muy formal, con su carrera de abogado, y que ahora va á hacer oposiciones para llevarse... yo no sé qué es lo que él se quiere llevar; pero se lo llevará, sí, señor. ¡Vale mucho Don Francisco!

JUANI. (Preocupado.) ... (En tres familias: Símidos, hapálidos y lemúridos...)

D.ª CLAU. Por lo visto no se ha enterado todavía de la caja que ha traído esta mañana un mozo del ferrocarril. (Coge una caja que habrá encima de la cómoda.) ¡Otro regalito! ¡Mire usted que es mucho cuento! ¿Usted sabe por qué le regalan tantas cosas á

Don Paco? (Juanito sigue preocupado con su asignatura.) Digo ¿que si sabe usted?...

JUANI. ¿Eh?...

D.ª CLAU. ¡Pero, Don Juanito, usted está preocupado!

JUANI. Déjeme usted, señora. ¡Estoy de un humor de mil demonios!

D.ª CLAU. ¿Sí, eh? Pues júntese usted conmigo. ¡Hoy me han dado la gran desazón!

JUANI. (El simia troylodytes...)

D.ª CLAU. Como que por poco rompo mis relaciones con Aniceto, el dependiente de ultramarinos, que me hace el amor... Usted ya sabe quién es Aniceto.

JUANI. (Distraído) ... Es un animal caracterizado...

D.ª CLAU. ¡Cómo animal! ¡No, señor! Es un muchacho muy listo y de muy buenas costumbres... Como que si no fuera así yo no le hubiera hecho caso... Pero, hijo mío; cuando una señora como yo se encuentra sola en el mundo, no tiene más remedio que aceptar con gratitud las frases de cariño que se le dirijan... Voy á explicarle á usted cómo empezaron estas relaciones...

JUANI. ¡Ea! ¡Abur, Doña Claudia!... (Cerrando violentamente el libro.)

D.ª CLAU. ¿Se marcha usted?

JUANI. Sí, señora, me voy á la Universidad. Dentro de media hora me examino, y ya comprende usted que no estoy para oir tonterías. (Váse por el foro recitando la lección.)

D.ª CLAU. ¡Vaya! Pues muchas gracias. ¡Tonterías! ¡Tonterías! Él sí que dirá tonterías cuando le examinen! Pero, señor; yo no sé por qué ciertas personas, cuando se enteran de mis relaciones, han de tomarlas así, á chacota... El otro día me encontré en la escalera con la señora del entresuelo, una solterona más fea que Picio, y en cuanto la dije que estaba para casarme, se echó á reir de una manera tan estrepitosa que se enteró toda la vecindad... Por supuesto que todo esto son envidias... Pero como yo pueda, me caso; ¡vaya si me caso! aunque no sea más que para darles en cara.

ESCENA V

DOÑA CLAUDIA y FRANCISCO

FRANC. Muy buenos días, Doña Claudia.

D.ª CLAU Felices, D. Francisco.

FRANC. ¿Ha venido algo esta mañana?

D.ª CLAU. Sí, señor. Aquí tiene usted esta caja. Por no despertarle, yo misma firmé el talón.

FRANC. A ver, á ver. «De Burgos.» (Leyendo el talón.) ¡Ah! ¡Vamos! Ya sé de quién es. De mi tía Nicolasa. Ya me lo ha anunciado. Una mantelería de refresco.

D.ª CLAU. ¡Una mantelería! ¿Y para qué quiere usted esas cosas?

FRANC. Señora, debe uno tomar lo que le den. (Deja la caja sobre la mesa.)

D.ª CLAU. Pero, vamos á ver, Don Paco; yo soy muy curiosa, no lo puedo remediar. . ¿Qué significan todos estos?...

FRANC. ¡Señora Doña Claudia! Una mujer de talento como usted no puede ignorar ciertas cosas.

D.ª CLAU. Claro que no puedo ignorarlas; por eso quiero saberlas.

FRANC. No, si lo que no puede usted ignorar es que hay preguntas que no deben hacerse.

D.ª CLAU. ¡Ah! ¡Ya!

FRANC. ¡Bástele á usted saber que esta mantelería será mi regalo de boda.

D.ª CLAU. ¡Qué cosas tiene este señorito!

FRANC. Y apropósito ¿Cómo va eso? ¿Nos casamos ó no nos casamos?

D.ª CLAU. ¿Quién? ¿Usted y yo?

FRANC. No señora. Usted y el otro. ¡El ultramarino!

D.ª CLAU. ¡Calle usted, por Dios! Hoy estoy muy disgustada.

FRANC. ¿Sí? ¿Qué sucede?

D.ª CLAU. Usted ya sabe que Aniceto está muy descontento en la tienda.

FRANC. Sí. Ya me lo ha dicho usted varias veces.

D.ª CLAU. Bueno. Pues yo creo que lo que nos conviene es casarnos.

FRANC. ¡Indudablemente!

D.ª CLAU. Ya hemos echado nuestras cuentas. Con lo poquito que él haya economizado y los 60.000 reales que tengo yo en la Caja de Ahorros...

FRANC. ¡Hola, hola! ¡Eso sí que yo no lo sabía! ¿Conque tres mil duritos?

D.ª CLAU. Sí, señor. Yo creo que con eso tenemos bastante para poner un poquito de comercio.

FRANC. Pero, vamos á ver. ¿Él está decidido á casarse?

D.ª CLAU. ¡Toma! Como que ya escribió á su familia y hoy ó mañana debe llegar á Madrid un tío suyo, que vendrá á informarse de quién soy yo.

FRANC. Pues que se dirija á mí. Yo le diré que es usted una señora en toda la extensión de la palabra.

D.ª CLAU. Muchas gracias, Don Paco.

FRANC. Lo que yo no veo en todo esto es motivo para que usted se disguste.

D.ª CLAU. No, si el motivo es otro. Es el dueño de la tienda. Un gallego más bruto que un cerrojo. Por poco si esta mañana le tiro la cesta de la compra á la cabeza.—Yo soy una señora muy bien educada, pero cuando se me falta soy capaz de cualquier barbaridad.—El muy grosero no hace más que levantarme falsos testimonios. No puede verme ni pintada. ¿Y sabe usted por qué? Porque se empeña en que Aniceto me regala una porción de géneros del establecimiento.

FRANC. ¡Ah! ¡Calumnia!

D.ª CLAU. ¡Sí, señor, que es una calumnia! Se lo juro á usted. En los tres meses que llevamos de relaciones sólo me ha regalado tres puñados de cacahuetes y medio queso de bola, que ustedes se tomaron de postre. Ya ve usted, una porquería.

FRANC. ¡Señora, por Dios! No llame usted porquería al queso, después de habérnoslo comido.

D.ª CLAU. Ya sabe usted lo que quiero decir.

FRANC. Bueno, pues no hagan ustedes caso de habladu-

rías y adelante con los faroles. (Coge la caja.)

D.ª CLAU. Dice usted bien; eso será lo mejor.

FRANC. Hasta luego, Doña Claudia.—¡Ah! ¡Que cuente usted con este regalito! (Vase puerta segunda derecha.)

D.ª CLAU. Vaya usted con Dios. . provocativo.—¡Pero qué simpático es este muchacho! (Campanilla.) Voy á ver si se va preparando el almuerzo. (Sacando el contenido de la cesta.) Escarola.—Acelgas.—¡Qué escándalo! Setenta y cinco céntimos este poquito. Cada vez se ponen más caras las hortalizas. —Merluza fresca; es decir, muy fresca no es; pero este mal olor desaparecerá con el guiso. Es cuestión de vinagre.

ESCENA VI

DICHA, PACO y MANUELA

PACO (Dentro.) Sí, mujer, sí.—Yo soy como de la casa.

D.ª CLAU. ¿Eh? ¿Quién será?

MAN. Señora.—Aquí está un caballero que pregunta por usted.

D.ª CLAU. ¿Un caballero?—Recoge eso enseguida. (Por el cesto.—Manuela lo recoge y se lo lleva.)

PACO (En traje de viaje y con una maletilla. Canta dentro)

¿Se puede entrar?
¡Cielos! ¿Qué oí?
¡Su voz es esa!
¡Héteme aquí! (Presentándose.)

D.ª CLAU. ¡Don Paco! ¿Usted por aquí?

PACO ¡Señora Doña Claudia! ¡Venga un abrazo! ¡Usted siempre tan guapetona y tan bien conservada!

D.ª CLAU. Pero, hombre, ¿quién había de contar con usted?

PACO ¡Claro! ¡Después de tres años! Pues aquí estamos ya en busca de contrata.

D.ª CLAU. Pero ¿qué? Va usted á trabajar en Madrid?

PACO ¡Quiá! No señora. Los artistas como yo se deben á las provincias.

D.ª CLAU. ¡Justo! Y también deben á las amas de huéspe-

des; porque supongo que usted no habrá olvidado...

PACO ¡Calle usted, señora! ¡Hay cosas que no se olvidan nunca! Por eso he venido aquí. En la estación me dije: ¿A dónde me voy yo? Pues ¿á dónde he de ir? A casa de Doña Claudia. Usted se habría ofendido seguramente si yo me hubiese ido á una fonda, debiéndola como la debo treinta y cinco pesetas.

D.ª CLAU. ¡No! Treinta y cinco duros.

PACO Sí. Es verdad. Son duros. Con esta costumbre nueva de contar por pesetas se le olvidan á uno las cantidades. Pero yo no soy como otros muchos. Cuando debo dinero á una persona no me gusta faltarle en lo más mínimo.

D.ª CLAU. ¿De manera que ahora?...

PACO Ahora mismo acabo de llegar, sí señora.

D.ª CLAU. No es eso; pregunto si...

PACO (Cortando la conversación.) ¡Pero qué reteguapísima está usted! (Abrazándola.)

D.ª CLAU. Y usted tan zaragatero como siempre.

PACO Con que, vamos á ver: ¿qué gente hay en la casa?

D.ª CLAU. Pues un señorito que estudia para boticario y Don Francisco.

PACO ¿Sigue aquí todavía mi tocayo?

D.ª CLAU. Sí señor. Ahora mismo acaba de entrar en su cuarto.

PACO Pues llámele usted. Ya tengo ganas de verle.

D.ª CLAU. Voy enseguida. (Puerta segunda derecha.) ¡Don Paco! ¡Señorito Paco!

FRANC. ¿Qué hay? (Dentro.)

D.ª CLAU. Aquí le espera á usted un antiguo compañero. (A Paco.) Ya verá usted. Está desconocido. ¡Fíjese usted, fíjese usted en las alhajas que lleva!

PACO ¿Sí?

D.ª CLAU. Ahí le tiene usted.—Le llevaré la maleta á ese cuarto. (Entra segunda izquierda y sale enseguida.)

ESCENA VII

DICHOS y DON FRANCISCO

FRANC. ¿Quién es?... (Viendo á Paco.) ¡Chico!

PACO ¡Tocayo! ¡Aprieta, hombre, aprieta! (Abrazándose.)

FRANC. ¿Tú en Madrid?

PACO Desde hace media hora...

FRANC. ¡Cuánto celebro!... Y estás muy bueno. Parece que no te sienta mal la vida de teatro.

PACO Lo que es de salud estoy perfectamente. De lo que voy estando medianillo es de voz.

FRANC. ¡Caramba!

PACO No hay pulmones que resistan una zarzuela diaria por espacio de tres años. Los gallos que yo he soltado por esos mundos de Dios!

FRANC. Sí ¿eh?

PACO ¡Horrorosos, chico, horrorosos!

D.ª CLAU. Ustedes almorzarán luego, ¿verdad?

PACO Sí señora, enseguida. A mí los viajes me despiertan el apetito.

FRANC. ¿Y qué me dices de Doña Claudia?

PACO Pues que se conserva admirablemente.

D.ª CLAU. ¡Qué me conservo! No parece sino que soy una anciana. (Poniendo el mantel.)

PACO No señora. ¡Nada de eso! Está usted todavía en muy buena edad. ¿Verdad, tocayo?

FRANC. ¡Ya lo creo! Como que tú no sabes lo mejor.

PACO ¿Qué?

FRANC. Que se nos va á casar.

PACO ¡Ja, ja, ja! ¿Casarse Doña Claudia? ¡Qué ocurrencias tiene este Paco! No le haga usted caso, señora. (Riéndose.)

FRANC. Te digo que se casa...

PACO ¡Vamos, hombre, por Dios! Esa broma es de muy mal género. (Riéndose.)

D.ª CLAU. ¡Pues, sí señor, que me casaré!

PACO ¿Eh?

D.ª CLAU. Y la cosa no es para que usted la tome con esa risita... burlona...

PACO Pero ¿hablan ustedes en serio?

D.ª CLAU. ¡Naturalmente!

PACO Pues, señora, reciba usted mi más cumplída enhorabuena.

D.ª CLAU. Muchas gracias. (Con sequedad.)

PACO Permítame usted que la estreche entre mis brazos...

D.ª CLAU. (Rechazándole.) Déjeme usted. No tengo ganas de música. (Sigue poniendo la mesa.)

FRANC. Vaya con Paquito. ¡Tanto tiempo sin vernos!

PACO Pues ahora me tendrás por aquí una temporadita; hasta que encuentre un empresario que se atreva conmigo.

FRANC. ¿Y de dónde vienes?

PACO De hacer una correría artística por Aragón.

FRANC. ¡Buenos melocotones!

PACO Y buenas ciruelas. Las veces que yo me he acordado de Doña Claudia!

D.ª CLAU. Sí ¿eh?

PACO Siempre que veía una ciruela.

D.ª CLAU. Pues no me hace maldita la gracia. (Vase foro.)

ESCENA VIII

FRANCISCO y PACO

PACO ¡Qué atrocidad! Como le ha ofendido mi duda...

FRANC. Si se hace unas ilusiones la infeliz...

PACO Pero, oye, oye... Ahora que me fijo... Ya me lo ha advertido Doña Claudia. Estás hecho un caballero... Por lo visto, la abogacía produce mucho.

FRANC. ¡Quiá, chico! Ni un cuarto.

PACO ¿Tienes algun negocio?

FRANC. Ninguno.

PACO ¿Has heredado acaso?

FRANC. Tampoco.

PACO Pues, chico, tú no eres el estudiante que yo he

conocido. ¡Valiente solitario! Lo menos que vale son tres mil reales.

FRANC. Pues no me han ofrecido por él más que mil quinientos...

PACO Buena leontina... y soberbio reló...

FRANC. ¡Pchits! Regular. Es mejor este otro. (Sacándole del bolsillo del pantalón.)

PACO ¡Canastos! ¡Dos relojes!

FRANC. Y este de señora.

PACO Pero, chico, ¿has puesto relojería?

FRANC. Todo esto es el resultado de... ¡Qué diantre! A tí te lo puedo decir.

PACO Sí, hombre, sí. Cuenta, porque no salgo de mi asombro. Sentémonos aquí y dame un cigarro, porque supongo que los fumarás muy buenos.

FRANC. ¿Quieres breva ó redondo? (Se sientan á la mesa.)

PACO De las dos clases. Me es igual.

FRANC. Ahí van.

PACO Gracias.—Estos me los fumaré después de almorzar. Para ahora dame un pitillo.

FRANC. Toma. ¿Quieres algo más?

PACO Sí. Que me cuentes tu vida y milagros.

FRANC. Pues todo se reduce á lo siguiente: Tú ya sabes con cuántos sacrificios he seguido mi carrera de abogado. La pequeña legítima que me dejaron mis padres se había extinguido por completo antes de recibir mis títulos de licenciado y doctor. Para obtenerlos era preciso reunir seis mil y pico de reales. Escribí á las personas más allegadas de mi numerosa familia diciéndoles cuál era mi situación y suplicándoles que me adelantasen la cantidad que necesitaba... pero, inutilmente. Todos dieron la callada por respuesta, y yo me quedé como puedes figurarte. Vamos á ver. ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

PACO ¿Yo? Pues lo que hice cuando me dieron los tres suspensos en el Conservatorio, seguidos de otras tantas palizas de mi padre: contratarme de tenor cómico en una compañía de la legua.

FRANC. Pues á mí se me ocurrió hace dos meses ¡Dios

me lo perdone! una idea tan ingeniosa como atrevida.

PACO ¿Sí? Sepamos.

FRANC. He vuelto á escribir á todos mis parientes anunciándoles mi próximo enlace.

PACO ¡*Gran Dio*! ¡*Morir si giovanne*!

FRANC. ¡Cálmate! No hay semejante cosa. La boda es un pretexto. Les he anunciado que estoy para casarme con una señorita, hija de uno de los personajes más influyentes de la corte: el Sr. González.

PACO ¿Qué González?

FRANC. ¡Cualquiera! Figúrate si habrá González influyentes en Madrid.—Pues bien; asómbrate, querido Paco. ¡Ni uno sólo ha dejado de contestarme! Digo mal; uno ha habido: mi tío Apolinar, hermano de mi padre; propietario en Grijota, y quizás el más rico de todos mis parientes. Ese ha dado á mi segunda carta la misma contestación que á la primera: el silencio. A todos los demás les estoy agradecidísimo. En lo que va de mes no hago más que recibir regalos de boda. Vendiendo unos y empeñando otros, he llegado á reunir con creces la cantidad que necesitaba.—Esta es la historia de lo que me pasa, y espero que no dirás á nadie una palabra de cuanto hemos hablado.—Pero ¿qué es eso, hombre? ¿En qué piensas?

PACO Estaba pensando á qué personas de mi familia podría dirigirme con la misma pretensión, pero desisto... Conozco á mis parientes. En lugar de obsequios me darían sablazos, de seguro.

FRANC. Con que vamos á ver; cuéntame tú ahora. ¿Qué te has hecho en estos tres años?

PACO Chico, mis glorias artísticas se pueden resumir en muy pocas palabras; estilo telegráfico: Corrí provincias tercer orden. Pasé Caín. Canté zarzuelas echando bofes. Aplausos nulos. Patatas abundancia. Empresarios huídos. Acabóse guita. Equipaje empeñado Calatayud. *Paco*.

FRANC. ¡Pero, hombre, por Dios, no exageres!

PACO ¡No, chico, si no es exageración! Si es la pura verdad. Nuestra última campaña ha sido una derrota. Empezamos con *Luz y Sombra*, luego *La Tempestad*, después *El Relámpago*, y enseguida, es claro, el trueno gordo. ¡No podía menos!

FRANC. Paciencia; ya encontrarás en Madrid alguna contrata ventajosa. (Se levanta y se dirige á coger el sobretodo, que tendrá encima de una silla.—Se lo viste.)

PACO Pues he entrado con mal pie.—¿Con quién dirás que me he encontrado esta mañana cuando venía de la estación? (Levantándose.)

FRANC. ¡Qué se yo!

PACO Con Blanca.

FRANC. ¡Blanca!

PACO Sí, hombre, aquélla muchacha corista con la que estuve en relaciones.

FRANC. ¡Ah, sí! ¡Ya recuerdo!

PACO Yo la creía en Buenos Aires; si sé que está en Madrid, no parezco por aquí.

FRANC. Pero, hombre, ¿tanto la temes?

PACO Si no se la puede sufrir. ¡Es una calamidad!

FRANC. Pero, ¿la debes algo?

PACO ¡Sí! La debo algunos favores, y un día, obcecado, la dí palabra de casamiento. Cuando me separé de ella me escribió más de cincuenta cartas llamándome cuanto hay que llamar, y amenazándome con tirarse del Viaducto; pero no se tiró. ¡Si no puede uno fiarse de las mujeres!

FRANC. ¿Y qué te ha dicho hoy al encontrarte?

PACO ¡Quiá! Si en cuanto la ví me metí en un coche y vine á escape; pero, ella me conoció, no me cabe duda, y me buscará, y me dará la desazón. La conozco mucho.

FRANC. Vaya, tocayo. A las diez necesito estar en Fomento, y de paso voy á ver si realizo alguna venta. Hasta luego, y bien venido. (Abrazándole. Vase foro.)

PACO Hasta luego, Paco. Vete con Dios.

ESCENA IX

PACO, y luego DOÑA CLAUDIA

PACO ¡Nada! Decididamente mañana busco contrata para Filipinas.

D.ª CLAU. ¡Jesús, qué criadas! ¡Tiene una que estar en todo! (Entrando con unas toallas.)

PACO Oiga usted, Doña Claudia.

D.ª CLAU. ¿Qué desea usted?

PACO Supongo que usted no se habrá ofendido por mis bromitas de antes, ¿eh? Porque yo lo sentiría...

D.ª CLAU. No diga usted eso. Si yo soy así; tengo un pronto muy fuerte, pero, enseguida se me pasa, y me quedo como si tal cosa...

PACO No sabe usted el peso que se me ha quitado de encima. ¡Bendita sea usted! Quisiera tener en este momento mil duros, para decirla ¡ahí van! gásteselos usted á mi salud.

D.ª CLAU. Muchas gracias, no necesito tanto. Con que tuviera usted treinta y cinco duros, me quedaría muy contenta.

PACO Y yo también.

D.ª CLAU. Voy á llevarle esta toalla.

PACO ¡Ah! Traiga usted. Yo no puedo permitir que se moleste. (Le coge la toalla.)

D.ª CLAU. Voy á dejar esta otra en el cuarto de Don Francisco. (Vase puerta segunda derecha.—Campanilla.)

PACO Verdaderamente, esta patrona es ideal. Le pide á uno el dinero de una manera... que no tiene uno más remedio... que no dárselo. No se incomoda nunca. (Se oye dentro la voz de Blanca.)

BLANCA (Dentro.) Sí, señora, pregunto por Don Paco. Un caballero que acaba de llegar.

PACO ¡María Santísima! ¡Blanca! Ya me lo temía yo. (Vase corriendo, puerta segunda izquierda.)

ESCENA X

BLANCA, MANUELA y DOÑA CLAUDIA

BLANCA ¿Es por aquí?

MAN. Sí, señora, pase usted.

D.ª CLAU. (Saliendo del cuarto segundo derecha.) Muy buenos días.

MAN. Esa es el ama. (Vase Manuela.)

BLANCA Tengo mucho gusto...

D.ª CLAU. ¿Qué deseaba usted?

BLANCA Pues, venía á hablar dos palabras con un caballero que habrá llegado hace un momento.

D.ª CLAU. ¡Ah! ¿Con Don Paco?

BLANCA ¡Con Paco, sí señora, con ese!

D.ª CLAU. Tome usted asiento. (Blanca se sienta.) Voy á pasarle recado... (Llama puerta segunda izquierda.) ¡Don Paco! Don Paco,.. ¿Se puede? (Abriendo la puerta.) Señori... (¿Que diga que no?) Pues, señora...

BLANCA ¿Qué?

D.ª CLAU. Que no está.

BLANCA Y eso lo dice él, ¿verdad?

D.ª CLAU. No, señora, lo digo yo; estaba en su cuarto hace poco, pero se conoce que ha salido.

BLANCA Sí, que se conoce. (Se levanta.)

D.ª CLAU. Si desea usted dejarle algún aviso.

BLANCA Venía á dejarle señalado, pero ya volveré. De mí no se burla él ni ninguno de su familia.

D.ª CLAU. ¡Señora!...

BLANCA Perdone usted que me exprese de ese modo, pero yo no me puedo contener. Soy muy nerviosa, ¿sabe usted? y muy impresionable, y no puedo ver que se me ofenda, porque el hombre que ofende á una mujer, es que no tiene vergüenza, ni quien se la ponga. Y la culpa me la tengo yo, por haberle hecho caso. (¡Así, fuerte, que lo oiga!) Pero, créame usted, señora, poco he de poder ó me las ha de pagar.

D.ª CLAU. (¿Pagar él? Me parece difícil.)

BLANCA Mire usted. Yo estuve varias veces en el Viaducto.

D.ª CLAU. Yo también. Paso mucho por allí; siempre que voy á San Francisco.

BLANCA Es que yo estuve para tirarme.

D.ª CLAU. ¡Qué barbaridad!

BLANCA Eso dije yo. Por eso no me tiré. ¿Pero usted no sabe lo que me ha hecho ese hombre?

D.ª CLAU. No, señora.

BLANCA Pues póngase usted en mi lugar. Figúrese usted una cosa... es algo difícil, pero en fin, figúresela usted.

D.ª CLAU. ¿El qué?

BLANCA Que estuviera usted para casarse.

D.ª CLAU. Ya lo creo que lo estoy.

BLANCA Bueno; es una figuración.

D.ª CLAU. No es figuración; es verdad.

BLANCA ¿Eh?

D.ª CLAU. Me casaré muy pronto.

BLANCA ¿Usted?

D.ª CLAU. ¡Sí, señora, yo!

BLANCA Vamos, cállese usted, que no tengo ganas de reirme. (Riéndose.) ¿Casarse usted? ¡A sus años!... (Sigue riéndose.)

D.ª CLAU. ¿Cómo á mis años?

BLANCA Digo; á menos que sea con un anciano...

D.ª CLAU. No, señora, es con un joven; más joven que usted... y me parece que no hay razón ninguna...

BLANCA ¡Ay! Señora... usted dispense... pero soy muy nerviosa, no lo puedo remediar.

D.ª CLAU. Yo también lo soy, y en cuanto me faltan, salto.

BLANCA Pues no salte usted, señora, que no está usted en edad de hacer volatines. (Sigue riéndose descaradamente.)

D.ª CLAU. ¡Oiga usted!... (Muy incomodada.)

BLANCA No se sulfure tanto, que no merece la pena.

D.ª CLAU. (El demonio de la...)

BLANCA Quede usted en paz... y memorias á su futuro... ¡já! ¡já! ¡já! (Váse por el foro.)

D.ª CLAU. ¡Vaya usted mucho con Dios! Jesús y qué muje-

res tan mal educadas hay en este Madrid; gracias á que yo soy prudente y supe dominarme, que si no...

ESCENA XI

DICHA y MANUELA, con una botella vacía y con etiqueta de Jerez.

MAN. Señora.

D.ª CLAU. ¿Qué hay?

MAN. Voy por vinagre. Ya no queda ni una gota.

D.ª CLAU. Pues siga usted poniendo la mesa. Yo iré. Así como así necesito tomar el fresco. Esa mujer me ha puesto nerviosa.—Tenga usted cuidado de que no se pase la merluza. (Se pone la mantilla.)

MAN. (¡Más pasada que está!)

D.ª CLAU. Yo vuelvo enseguida. (Váse por el foro con la botella.)

ESCENA XII

MANUELA y PACO

MAN. ¡Lo que una pueda sisar con una ama así! No la deja á una comprar ni dos cuartos de azafrán... Pero es claro, como tiene un novio tendero... (Poniendo los platos y el pan.)

PACO (Asomándose cautelosamente.) ¡Pchis, muchacha!

MAN. Mande usted.

PACO ¿Ha marchado esa señora?

MAN. ¿Cuála? ¿El ama? Ahora mismo.

PACO No; pregunto por la otra.

MAN. ¡Ah! Sí, señor. Se marchó hace un momento.

PACO ¡Ay! ¡Gracias á Dios! (Abrazándola.)

MAN. Pero, señorito... ¿Qué hace usted?

PACO ¡Ah! Perdona. Estaba distraído.

MAN. ¡Pues me gusta!

PACO ¿Te gusta que me distraiga? (Vuelve á abrazarla.) Me alegro.

MAN. ¡Vamos! Estése usted quieto, señorito... (Con zalamería.)

PACO ¡Calla, tonta! Si esto no tiene nada de particular.

MAN. ¡Qué tunos son ustedes los huéspedes!

PACO ¡Y qué guapas vosotras las alcarreñas! (Campanilla.)

MAN. ¡Ay! ¡Han llamado! Voy á ver. (Váse corriendo por el foro.)

PACO ¡Dios mío! ¡Ella otra vez! Pero señor, ¿por qué no se habrá marchado á Buenos Aires? ¡Estaría yo tan tranquilo! (Acercándose al foro.) No ha abierto todavía.—¡No, no es ella! Es un caballero... ¡Ay, respiro!

MAN. (Dentro.) Pase usted, sí, señor. Tenemos habitaciones. Por aquí.

D. APOL. Muchas gracias. (Dentro.)

PACO Algún nuevo huésped.

ESCENA XIII

PACO, DON APOLINAR y MANUELA

D. APOL. (Entrando con un saco de mano y una sombrerera.) Santos y buenos días tengan ustedes...

PACO Servidor .. (Se come media rosca de pan.)

D. APOL. Con que hay habitaciones, ¿eh? (A Manuela.)

MAN. Sí, señor, puedo darle á usted ésta, que está vacante... (La primera de la derecha.)

D. APOL. Sí, cualquiera.

MAN. Aquí estará usté muy bien.

D. APOL. (¡Qué simpática es esta patrona!) Diga usted... (Llamándola aparte.)

MAN. ¿Qué?

D. APOL. ¿Quién está ahora en casa?

MAN. Pues nadie más que este señorito. Los demás huéspedes han salido.

D. APOL. Perfectamente. (Medio mutis de Manuela.) ¡Oiga usted! Esta es la calle de la Almudena, ¿eh?

MAN. Sí, señor.

D. APOL. ¿El número 17?

MAN. Sí, señor.

D. APOL. ¿Y este piso es el tercero?

MAN. Sí, señor.

D. APOL. ¿De la derecha, verdad?

MAN. Sí, señor, de la derecha. (Medio mutis.)

D. APOL. (¡Sí! ¡Aquí es!) Pues oiga usted, pero con la mayor reserva. Yo vengo á sorprender á una persona... y no quiero que sepa que ha llegado su tío.

MAN. ¿El tío de quién?

D. APOL. De mi sobrino. Pero cállese usted. Así la sorpresa será mayor.

MAN. Descuide usted que no diré ni una palabra. (Qué tío tan misterioso!) (Váse foro.)

D. APOL. (¡Con qué gusto le voy á abrazar después de tantos años! ¡Pobrecillo! ¡La verdad es que le hemos tenido abandonado!) ¡Hola, compañero! Parece que hay apetito, ¿eh?

PACO Hombre, sí, no falta...

D. APOL. Pues cómase usted unas mantecaditas que mi mujer me ha puesto para el viaje (Abriendo el saco que habrá dejado en segundo término derecha.) Son muy buenas... ¡Ya ve usted si tienen fama las de Astorga, ¿eh? Pues son mejores éstas, las de Grijota.

PACO ¡Cómo! ¿Es usted de Grijota?

D. APOL. (¡Ay! ¡Ya la he soltado!) Sí, señor; pero resérvelo usted... vengo á sorprender á mi sobrino.

PACO ¿Su sobrino? (¡Caracoles!) ¿Usted es Don Apolinar?

D. APOL. Sí, señor.

PACO ¿Don Apolinar Rejoncillo?

D. APOL. ¡Ese!

PACO ¡Propietario en Grijota!

D. APOL. ¡El mismo! Pero hombre, ¿usted me conoce?

PACO ¡Si he oído hablar muchísimo de usted!

D. APOL. ¿De mí? ¡Ah! ¡Vamos! ¡Será por la gran fábrica de harina que acabo de montar!

PACO ¡Justo! No se habla de otra cosa en los círculos que yo frecuento.

D. APOL. ¡Caramba! ¡Pues coma usted, coma usted! Verá usted qué mantecadas tan mantecosas... (Ofreciéndole unas cuantas envueltas en un papel.)

PACO (¡Pobre Paco! ¡Este lo va á descubrir todo!) (Come una mantecada.)

D. APOL. ¿Eh? ¿Qué tal?

PACO ¡Exquisitas!

D. APOL. ¡Ya lo creo! (Durante el diálogo Paco se comerá una porción de mantecadas.) Pues sí, señor; soy el tío de Paco... Usted conocerá mucho á mi sobrino.

PACO ¡Sí, señor! Somos íntimos amigos. (Con la boca llena.)

D. APOL. ¿Ya sabrá usted que va á casarse?...

PACO ¡Claro! ¿No he de saberlo?

D. APOL. Pues mire usted. Yo estoy en falta con él. Hace unos meses me escribió una carta pidiéndome no recuerdo qué miles de reales .. Yo iba á girárselos, pero mi mujer... usted ya sabe lo que son las mujeres... En fin, que no se los mandé; y desde entonces, creame usted, he tenido muchos remordimientos de conciencia, porque por más que sea, Paco es hijo de mi hermano, y los hijos de los hermanos son hijos de uno...

PACO ¿Eh? (Con la boca siempre llena.)

D. APOL. O como si lo fueran. Luego me anunció que iba á casarse con una señorita...

PACO ¿La de González?

D. APOL. ¡Justo! Yo entonces hubiera venido á Madrid, pero la dichosa fábrica no me lo permitió; así es que en cuanto quedé desocupado, me dije: ¡Allá me voy! Yo necesito disculparme personalmente con mi sobrino; ver si necesita algo, enterarme de su verdadera situación... Con que usted me dirá si...

PACO Pues... yo... (Con la boca llena.) creo que lo más con... (Campanilla.) conveniente (Atragantándose.)

D. APOL. Espere usted, espere usted; tengo aquí un vinillo excelente. ¡Verá usted cómo pasa! (Se dirige á abrir el saco de mano.—Se oyen dentro voces de Blanca y Manuela.)

MAN. Sí señora, voy á pasarle recado...

BLANCA (Dentro.) Deje usted. No hace falta. Yo pasaré...

PACO (¡Dios mío! ¡Blanca!) (Vase corriendo puerta segunda izquierda sin que lo note D. Apolinar que habrá llenado un vaso de vino.)

D. APOL. Verá usted qué vino... (Volviéndose.) Tome usted... ¿Eh? ¿Pero dónde se ha metido ese caballero?... (Se vuelve á guardar la botella en el saco y sigue con el vaso de vino en la mano.)

ESCENA XIV

DON APOLINAR y BLANCA

BLANCA (Entrando.) (A mí no me la dan. Paco y la patrona... se entienden. Yo me siento aquí (Cogiendo bruscamente una silla.) y no me marcho hasta que salga. ¡Ay!

D. APOL. ¿Eh? (Volviéndose.)

BLANCA No había reparado... Buenos días tenga usted.

D. APOL. Servidor... (Y no es fea esta muchacha.) ¿Es usted también de la casa?

BLANCA No señor. Yo vengo á buscar á un huesped.

D. APOL. ¿A mí no será? (Con zalamería.)

BLANCA No señor. Es á otro. A un señorito que se llama Paco.

D. APOL. ¡Ay! ¡A Paco! ¿Busca usted á Paco? Pues no está.

BLANCA ¡Vamos! No me venga usted también con pamplinas.

D. APOL. Le aseguro á usted que no está; pero si quiere usted algo... (Blanca que ya se había fijado en el vaso de vino, creyendo que se lo ofrece, lo toma y se lo bebe.)

BLANCA Gracias.

D. APOL. No, no decía eso.

BLANCA ¡Ay! Usted dispense.

D. APOL. Es igual. Lo que decía es que si quiere usted algo para Paco, yo soy su tío.

BLANCA ¿Que es usted tío de Paco?

D. APOL. Sí señora, por parte de padre.

BLANCA Pues tiene usted un sobrino que es un *caballero*.

D. APOL. Muchísimas gracias... (Deja el vaso sobre la mesa.)

BLANCA No he visto en mi vida un hombre de menos vergüenza.

D. APOL. ¿Eh? (Volviéndose rápidamente.)

BLANCA Sí señor. Ya que es usted su tío debe saberlo.

D. APOL. Pues mire usted, no lo sabía.

BLANCA Cuando un hombre da una palabra á una mujer, debe cumplirla, ¿verdad?

D. APOL. ¡Verdad!

BLANCA. Pues no es verdad. Paco me ha dado palabra de casamiento, y sin embargo...

D. APOL. Oiga usted. ¿Es usted acaso la señorita de González?

BLANCA. No, señor. Yo soy Blanca.

D. APOL. Es que yo no sé si la otra es morena.

BLANCA. Digo que soy Blanca Zurita, corista de Eslava, la segunda de la derecha. ¿No va usted al teatro? Allí me verá usted.

D. APOL. No, hija. ¿Qué he de ir al teatro? Si yo acabo de llegar de Grijota.

BLANCA. Sea usted bien venido (Muy amable.)

D. APOL. Muchísimas gracias.

BLANCA. Me parece usted una persona muy razonable y creo que podremos entendernos.

D. APOL. Sí, ¿eh?

BLANCA. Mire usted caballero. Yo conocí á su sobrino en *La Isla de San Balandrán*.

D. APOL. ¿Dónde?

BLANCA. En *La Isla de San Balandrán*. En Badajoz.

D. APOL. ¿Dice usted que en Badajoz?

BLANCA. Sí, señor.

D. APOL. (No sabía yo que hubiera islas en Extremadura, pero puede que las haya.)

BLANCA. Estuvimos más de dos años en relaciones

D. APOL. (¡Miren el sobrinito!)

BLANCA. Y un día, cuando yo menos lo esperaba ¡zás!

D. APOL. ¿Qué?

BLANCA. Me dejó plantada, y desde entonces no he vuelto á echarle la vista encima.

D. APOL. ¡Bah! Calaveradas de muchacho.

BLANCA. ¡No, señor! Esa es una acción muy fea.—Por supuesto que en cuanto se me ponga delante le vuelvo la cara del revés.

D. APOL. (¡Canastillos!)

BLANCA. ¡De mí no se ha burlado nadie todavía!

D. APOL. Pero, comprenda usted, hija, que él tendrá otros compromisos...

BLANCA. ¡Toma! ¡Pues eso es lo que yo me he sospechado!

D. APOL. (¡No hay más remedio! Este es un lío de mi sobrino y hay que evitarlo á toda costa.) Oiga usted Blanquita... Yo siento mucho todo eso, pero ¡cómo ha de ser! Paco está para contraer matrimonio.

BLANCA. ¡Con esa tía vieja, de seguro!

D. APOL. ¿Qué vieja?

BLANCA. ¡Si ya me lo figuraba yo! Si hay hombres que no tienen delicadeza; pero mire usted, yo le juro que se ha de acordar de mí. ¡Pues no faltaba más!

D. APOL. ¡Calma! ¡Calma! ¿Qué es lo que usted desea?

BLANCA. ¿Pues qué he de desear? Que me dé una satisfacción, y que se case conmigo. Le parece á usted regular burlarse de una pobre muchacha que no tiene más medios de subsistencia que lo que le produce su trabajo. (Lloriqueando.) ¡Ay caballero! Usted no sabe los perjuicios que me ha ocasionado ese hombre! (Paco se asoma á la puerta.)

D. APOL. No llore usted hija, con dinero se arregla todo.

BLANCA. Usted no sabe lo poco que ganamos nosotras. No tenemos ni para guantes. ¡Casándome con él no me hubiera faltado nada! Paco no canta muy bien, pero se le puede oir.

D. APOL. Eso es de familia. Todos tenemos muy buena voz.

BLANCA. Pero ya ve usted, yo sola ¿qué he de hacer? (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy!

D. APOL. Vuelvo á repetirla á usted que con dinero se arregla todo. (Sacando una cartera con varios billetes.)

BLANCA Usted dispense. (Transición.) No lo había oído.

D. APOL. ¿Cuánto quiere usted y no vuelve á acordarse de mi sobrino en su vida? ¡Así, clarito!

BLANCA ¡Ay, caballero, yo soy muy delicada para esas cosas!

D. APOL. ¿Cuarenta duros?

BLANCA ¡Por Dios, caballero!

D. APOL. ¿Cincuenta?

BLANCA Comprenda usted que yo...

D. APOL. ¿Tres billetes de á cien pesetas?... (Presentándoselos.)

BLANCA Yo...

D. APOL. ¿Conviene, si ó no?

BLANCA ¡Vengan! (Los toma.) No quiero que me llame usted interesada.

D. APOL. ¡Ajajá! ¡Hemos concluído!

BLANCA Muchísimas gracias, caballero. ¡No volveré á acordarme de Paco, aunque me cueste mucho! (Con afectación.)

D. APOL. (A quien le cuesta es á mí.)

BLANCA (Dándole la mano y con mucha coquetería.) Blanca Zurita, ya lo sabe usted. En Eslava, la segunda de la derecha.

D. APOL. Sí. Eslava, segundo derecha.

BLANCA ¡No! La que se coloca á este lado.

D. APOL. ¡Ah! ¡Sí! Ya he comprendido.

BLANCA Vaya usted por allí. Tendré muchísimo gusto.

D. APOL. Puede, puede que vaya.

BLANCA Beso á usted la mano, caballero.

D. APOL. Servidor de usted. (La acompaña hasta el foro.) Usted lo pase bien.—(¡Y la verdad es que es bonita esta muchacha! ¡Puede, puede que vaya!) (Sigue en el foro.)

ESCENA XV

DON APOLINAR y PACO, que se habrá colocado detrás de D. Apolinar, mirando por encima de su hombro hasta ver que desaparece Blanca

PACO (Abrazándole.) ¡Bendito sea Don Apolinar!

D. APOL. ¡Eh!

PACO ¡Es usted el tío de más talento que hay en el mundo! ¡Déjeme usted que le abrace con toda mi alma!

D. APOL. ¿Qué? ¿Se ha enterado usted?...

PACO Sí, señor. Lo he oído todo.

D. APOL. No he tenido más remedio. Esa muchacha era un peligro para mi sobrino.

PACO ¡Y para cualquiera!

D. APOL. ¿Ha visto usted que la he dado sesenta duros?

PACO ¡Ah! ¡Y con qué delicadeza!

D. APOL. Al venir á Madrid, vine decidido á todo. Por favorecer á mi sobrino soy capaz de cualquier sacrificio pecuniario. De tal manera, que si yo averiguo que su futura no reune todas las cualidades apetecibles, estoy decidido á impedir la boda cuésteme lo que me cueste.

PACO ¿Sí, eh?

D. APOL. Sí, señor. Yo soy rico; no tengo familia; él ha de ser mi legítimo heredero. ¡Me lo llevo á Grijota!

PACO ¡Muy bien pensado! ¡Lléveselo usted! (Voy á salvar á Paco.)

D. APOL. No. Antes necesito enterarme...

PACO ¡Cuando yo le digo á usted que se lo lleve!

D. APOL. Pero ¿qué? ¿Acaso la que va á ser su esposa?...

PACO ¡Es indigna de Paco, Don Apolinar, completamente indigna!

D. APOL. ¡Qué me cuenta usted! ¿Con que la señorita de González?...

PACO ¡No hay tal señorita!

D. APOL. ¿No?

PACO ¡No, señor!

D. APOL. ¡Calle usted! Ahora recuerdo que esa chica sospechaba de yo no sé qué vieja.

PACO ¡Justo! ¡Es una vieja!

D. APOL. ¡Pero hombre!...

PACO ¡Nada, nada! Es preciso quitárselo de la cabeza. ¡Figúrese usted al pobre Paco víctima de... de una viuda!

D. APOL. ¿También viuda?

PACO ¡Y con siete hijos!

D. APOL. ¡Jesus!

PACO Y de una conducta muy dudosa. Dicen que si tuvo ó no tuvo con... con un coronel de la Guardia civil.

D. APOL. ¡Ave María Purísima!

PACO Créame usted. Hay que sacarlo de aquí, pero enseguida.

D. APOL. Pero, hombre, lo que no me explico es cómo ese

muchacho, al darnos parte de la boda, nos decía que era...

PACO. ¡Cosas de ella, Don Apolinar! Ese chico no hace más que lo que ella le indica...

D. APOL. ¿Y acaso la carta en que me pedía dinero?...

PACO. ¡Obra de ella! Si le está explotando de una manera vergonzosa.

D. APOL. ¡Razón tenía mi mujer! ¡Este Madrid está corrompido!

PACO. ¡No lo sabe usted bien!

D. APOL. ¡No! ¡Pues eso no ha de ser! Ahora mismo voy á ver á esa señora. . ¿Dónde vive?

PACO. ¡Nadie lo sabe!

D. APOL. Pero, hombre, ellos se verán en alguna parte.

PACO. En todas... En las calles, en los cafés, en los teatros, aquí...

D. APOL. ¿También aquí? ¿Con que viene á verle á su casa?

PACO. Todos los días diez ó doce veces.

D. APOL. ¡Qué escándalo! ¡Nada! ¡Nada! Dice usted bien. ¡Hoy mismo le saco de Madrid! Lo que siento es no conocer á esa viuda para decirla unas cuantas insolencias!

PACO. Déjelo usted de mi cuenta. Yo me encargo de eso.

D. APOL. Muchas gracias, caballero. Qué favor tan grande acaba usted de hacer á mi sobrino....

PACO. Ya lo sé, Don Apolinar.

D. APOL. Voy á ponerme en disposición de salir á la calle. Con permiso de usted. ¡Hasta luego amigo mio! (Coge el saco y la sombrerera.) ¡Qué escándalo! ¡Una viuda y con. . (Volviéndose.) ¿Cuántos hijos ha dicho usted que tiene?

PACO. Siete ú ocho. No me acuerdo.

D. APOL. ¡Pobre muchacho! ¡Una viuda! Y con siete coroneles, digo, con siete hijos... Por fortuna he llegado á tiempo. (Vase primera derecha.)

ESCENA XVI

PACO, luego MANUELA, después DOÑA CLAUDIA.

PACO. Pero ¡qué suerte tiene mi tocayo! El único tío que no le mandó regalo de boda le va á dar una fortuna porque no se case. (Entra Manuela con los vasos y copas que coloca en la mesa.) Yo creo que me he portado como un buen amigo. No hubiera hecho más un padre por un hijo.—Oye, (A Manuela.) que avises en cuanto esté el almuerzo.

MAN. Descuide usted señorito... Estará enseguida. (Vase Paco puerta segunda izquierda.) Me parece que la señora no puede quejarse. Hoy ha sido buen día... ¡Dos huéspedes nuevos!

D.ª CLAU. Despache usted pronto, que hoy hay que dar el almuerzo cuanto antes. Probablemente tendré visita... (Aniceto no estaba en la tienda. Acababa de salir con su tío que ha llegado esta mañana. Lo natural es que vengan luego por aquí...) (Deja la botella de vinagre sobre la mesa.)

MAN. ¡Ay, señora! Ya no me acordaba. Ha venido un nuevo huesped.

D.ª CLAU. ¿Sí? Me alegro. (Sigue la escena con el manto puesto.)

MAN. Ahí debe estar. Es un señor mayor con facha así como de ricacho de pueblo.

D.ª CLAU. Sería uno que subía la escalera cuando yo bajaba por el vinagre.—No le conozco.

MAN. Debe de ser un señor muy misterioso.

D.ª CLAU ¿Sí?

MAN. En cuanto entró me hizo yo no sé cuantas preguntas, y luego me dijo que me callara, que él venía á sorprender á una persona.

D.ª CLAU. ¿A qué persona?

MAN. No lo sé.

D.ª CLAU. Pero, ¿cómo se llama él?

MAN. Tampoco lo sé. Sólo me dijo que era tío de... de yo no sé quien.

D.ª CLAU. ¡Ay Dios mío de mi alma! ¡El tío de Aniceto! Me lo dá el corazón.

MAN. Él debe venir á Madrid á algo gordo.

D.ª CLAU. (El mismo, no me cabe duda.) Ande usted. Ande usted á la cocina. (Vase Manuela.) Es natural. Aniceto le habrá mandado venir aquí. ¿Dónde mejor? Y todas esas preguntas misteriosas, y el ocultar su nombre... ¡No! Pues no me coge de sorpresa. ¡Pero ya estoy emocionada, no lo puedo remediar! ¡Ay! Ahí está.

ESCENA XVII

DOÑA CLAUDIA y DON APOLINAR, de levita y sombrero de copa, ambas prendas algo anticuadas. Luego PACO.

D. APOL. (Ya me he adecentado un poquito)

D.ª CLAU. Caballero...

D. APOL. Muy buenos días. (Doblando el pañuelo, con el que limpiará el sombrero.)

D.ª CLAU. Tengo muchísimo gusto...

D. APOL. Gracias... (Alguna huéspeda)

D.ª CLAU. Acaba usted de llegar á Madrid ¿eh?

D. APOL. Sí, señora. Hace un momento.

D.ª CLAU. Y, ¿habrá usted venido aquí por su sobrino?

D. APOL. ¡Sí, señora! (Sorprendido.)

D.ª CLAU. (¿No lo decía yo?) Pues, está usted en su casa.

D. APOL. ¡Ya lo sé! (Todo el mundo sabe quién soy.)

D.ª CLAU. Viene usted á conocer á su futura sobrina, ¿verdad?

D. APOL. ¡Sí, señora! Pero, ¿cómo sabe usted todo eso?

D.ª CLAU. ¡Toma! ¡No he de saberlo! ¡Si soy yo la interesada! (Con fingida cortedad)

D. APOL. ¿Usted? Pero, ¿es usted la que pretende casarse con mi sobrino?

D.ª CLAU. Servidora de usted. Ya se habrá usted enterado por Aniceto.

D. APOL. (¿Aniceto? Será ese caballero.) Sí, señora. ¡Por ese lo he sabido todo! ¡Y, entiéndalo usted! ¡A mí no se me engaña!

D.ª CLAU. ¿Eh? (Sorprendida.)

D. APOL. Podrá usted haber explotado á mi sobrino, pero, á mí no me explota usted. (Muy irritado.)

D.ª CLAU. ¿Que yo he explotado?...

D. APOL. ¡Sí, señora!

D.ª CLAU. Si nunca me ha regalado más que medio queso de bola y tres puñados de cacahuetes.

D. APOL. Eso prueba que es usted golosa...

D.ª CLAU. ¡Pero, caballero!...

D. APOL. ¡Querer casarse con un muchacho una mujer como usted! ¡Viuda!

D.ª CLAU. ¿Yo, viuda?

D. APOL. ¡Y con siete hijos!

D.ª CLAU. ¡Siete hijos!

D. APOL. O los que sean. Es igual.

D.ª CLAU. ¡Esa es una calumnia! Eso se lo habrá dicho á usted el gallego.

D. APOL. Yo no sé si es gallego el que me lo ha dicho; pero, lo cierto es que me consta.

D.ª CLAU. ¡Repito que es una calumnia! Puedo probárselo á usted.

D. APOL. A mí no me pruebe usted nada...

D.ª CLAU. Es, que, le advierto que yo. .

PACO (¿Qué voces son estas?) (Desde la puerta.)

D. APOL ¡Déjeme usted en paz! y vaya usted á engañar coroneles de la Guardia civil.

D.ª CLAU. ¿Pero qué dice este hombre?

D. APOL. ¡Mentira parece que á sus años!

D.ª CLAU. ¿Cómo á mis años? ¡Ya me voy yo cargando! ¿Pues cuantos años me echa usted?

D. APOL. ¡Ninguno! ¡Tiene usted ya bastantes!

D.ª CLAU. ¡Eso es una grosería!

D. APOL. ¡Esto es decir la pura verdad!

D.ª CLAU. ¡Caballero!

D. APOL. ¡Señora!

PACO (Interponiéndose.) ¡Calma, señores, calma!

D. APOL. ¡Señor Don Aniceto!...

D.ª CLAU. ¡Eh?...

PACO (¿Aniceto?) Cállese usted, señora. (Aparte à Doña Claudia.)

D. APOL. Dígale usted lo que viene al caso. (A Paco.)

D.ª CLAU. ¡El demonio del hombre!

PACO (¡Si hay una equivocación! Yo se lo explicaré.) (A Doña Claudia.)

ESCENA XVIII

DICHOS, FRANCISCO, más tarde JUANITO

FRANC. ¡Ea! ¡A almorzar enseguida! (Entrando.)

D. APOL. ¡Mi sobrino!

FRANC. (¡Santo Dios! ¡Mi tío!)

D. APOL. ¡Ven acá! ¡Llegas oportunamente!

FRANC. ¿Usted aquí?

D. APOL. ¡Lo sé todo!

FRANC. (¡María Santísima!)

D. APOL. ¿Pero es posible que no se te caiga la cara de vergüenza al querer casarte con esa señora? (Volviéndole frente á D.ª Claudia.)

FRANC. ¿Yo?

D.ª CLAU. ¿Eh?

PACO ¡Señor Don Policarpo! ¡Si está usted en un error!

D. APOL. ¿Eh?

PACO ¡Si esta señora no es la viuda!

D.ª CLAU. ¡Naturalmente! (Vase por el foro.)

PACO La futura de Paco es otra...

FRANC. (¿Qué vas á decir?) (A Paco.)

PACO (¡Déjame!) Otra señora mucho peor.

D. APOL. ¿Peor todavía?

LACO Tu tío se ha enterado de todo y viene decidido á llevarte á su lado.

D. APOL. ¡Sí, hijo, sí! Esta misma noche nos marcharemos.

FRANC. Pero es que yo...

PACO ¡Sí! Sé lo que vas á decir.—Que como los parientes le enviaron regalos, extrañarán esta determinación.

(Paco estará entre D. Apolinar y Francisco, teniendo á éste á la izquierda.)

D. APOL. Eso no te preocupe. ¡Yo me encargo de que quedes bien con todo el mundo!

FRANC. Pero...

PACO ¡No hay pero que valga! Aquí no se hace más que lo que manda tu tío. (¡Cállate, hombre! ¡Tu tío no sabe una palabra!) Eres el sobrino más feliz del universo. (Abrazándole) Esta noche se lo lleva

usted á Grijota. (A D. Apolinar.) ¿Aprobado, eh? (A Francisco.)

FRANC. ¡Corriente! ¡Aprobado! (Muy contento.)

D. APOL. ¡Aprobado!

PACO Allí le pone usted al frente de la fábrica de harinas. Los abogados sirven para todo. ¿Aprobado?

FRANC. Como el tío quiera. (Va á dejar el sobretodo encima de una silla de la izquierda.)

D. APOL. ¡Desde luego!

PACO Y el día que usted se muera, el único heredero será su sobrino. ¿Aprobado, verdad? (A Juanito que entra muy triste y se pone al lado de Paco.)

JUANI. ¡No señor! ¡Suspenso!

D. APOL. ¿Eh?

PACO ¿Qué tipo es este?

JUANI. Me sabía al dedillo los monos y salieron preguntándome los moluscos.

FRANC. ¡Pobre Juanito!

PACO ¡Vamos! Este joven es de los míos. Pues no se achique usted; ¡qué demonio!

JUANI. No me achico, no, señor. ¡Estoy muy acostumbrado!

PACO ¡Ea! A la mesa. (Cogiendo la botella del vinagre.) ¿Jerez de primera? ¡Soberbio! Tomemos una copita para abrir el apetito. (Llena tres copas.) Tome usted, señor de... Molusco.

JUANI. ¡Bueno, venga!

PACO Don Apolinar.

D. APOL. ¡Sí, hombre, sí!

PACO Vaya por la de usted...

D. APOL. ¡Y por la de ustedes todos! (Beben.)

PACO ¡Puff! (Escupiendo.)

D. APOL. ¡Demonio! (Haciendo ascos. Juanito se la bebe de un tirón.)

ESCENA FINAL

DICHOS y DOÑA CLAUDIA

PACO Pero Doña Claudia... ¿Qué Jerez es este?

D.ª CLAU. ¿Cómo Jerez? Si es vinagre para la cocina.

PACO ¿A quién se le ocurre?

JUANI. Pues yo no lo he encontrado desagradable.

D. APOL. Señora... (Con mucha amabilidad.) perdone usted mi grosería de antes; pero ya me parecía á mí. Usted no es capaz de hacer semejante desatino.

D.ª CLAU. ¿Cuál!

D. APOL. ¡El casarse!

D.ª CLAU. Pues, sí señor, que me voy á casar.

D. APOL. ¡Je, je, je! ¡Qué bromista! ¿Pues no dice que se va á casar! ¡Je, je!

PACO ¡Sí, hombre, sí! ¡Se casa!

FRANC. ¡Sí, tío; se casa!

D.ª CLAU. ¡Sí, señor, que me caso!

D. APOL. ¿Eh? (¡Ya he metido la pata otra vez!)

D.ª CLAU. ¡Y no sé por qué ha de creerlo usted un desatino!

D. APOL. Usted perdone, señora; usted perdone. La culpa de esta equivocación la ha tenido Don Aniceto. (Por Paco.)

D.ª CLAU ¿Cómo Aniceto? Si el señor se llama Paco.

FRANC. ¡Justo! Mi tocayo.

D. APOL. (¡Vaya! Pues no doy pie con bola!)

PACO ¿Almorzamos ó no?

D. APOL. Propongo á ustedes una cosa.

TODOS ¿Qué?

D. APOL. Que vayamos á almorzar á la fonda. Yo convido.

TODOS ¡Aceptado! ¡Aceptado!

D. APOL. Señora, acompáñenos usted. Aquí se debe comer muy mal.

D.ª CLAU. ¡Oiga usted, caballero!

PACO Pero, hombre, si la señora es la patrona.

D. APOL. (¡Nada! ¡No vuelvo á hablar una palabra!)

PACO (Al público.)

Ya que en zarzuelas no he conseguido
que me aplaudieran, como sabéis,
hoy un aplauso... ó dos os pido,
ó tres... ó cuatro... ó cinco... ó seis.

FIN